LA VERDADERA HISTORIA DE AUGUSTO NEGROPONTE.

Así reza el título del primer fichero. Pongo en marcha la impresora y dejo que se vaya calentando. Mientras tanto, releo las frases iniciales. Lo cierro enseguida y voy al final de la novela. De todos modos, lo que tengo delante es materia modelable. Acaso algún día las novelas se vendan así, tal como ésta se encuentra ahora, enmarcada en un soporte electrónico, con objeto de que el lector pueda modificarla a su antojo, escribirla de nuevo en función de sus gustos y sensibilidad. Esa sería la mejor de las lecturas posibles, efectuada por un receptor activo, a su vez convertido en emisor. Tras dudar un instante, desecho la idea de asentar la data al pie de la última página. Cierro el fichero correspondiente al capítulo postrero, introduzco en el cargador las hojas perforadas y empiezo la impresión de la obra en su conjunto, la cual no será sino una materialización provisional, atribuible únicamente a mi gusto por la lectura silenciosa, sobre papel, rémora de otros tiempos. Que la fecha de hoy venga a caer hacia mediados de febrero, en el curso de un año preciso, que esta noche pasada haya nevado copiosamente en Madrid, si bien, en este preciso instante, al amanecer, el cielo esté despejado y terso como una tela de la que se tira con fuerza desde todos sus extremos, que haga un frío de pelar, mucho me temo que sea una información carente de toda relevancia para el lector, uno de esos detalles que el receptor activo podrá eliminar sin el menor escrúpulo. Abandono el despacho, dejando a la máquina la responsabilidad de sacar del ordenador toda esa pasta de renglones negros que, apilados página tras página, tal vez tengan algún sentido y me dirijo a la cocina para prepararme un buen desayuno. Desde la ventana contemplo un instante la vasta gusanera que comienza a activarse.

Nos levantamos todos como si fuéramos uno solo, nos ponemos de mal talante frente al espejo del baño y comenzamos nuestro aseo matutino, preguntándonos si la vida de ese tipo desaliñado, que se afana torpemente ante nosotros por borrar de su rostro la modorra del sueño profundo y sus secuelas, tiene algún sentido; si la historia misma, con sus rizos y su pasamanería, tiene sentido. He aquí una ciudad, Madrid, que se despierta y rebulle a ojos vistas, dispara sus autobuses, sus taxis, sus trenes desde las grandes estaciones, sus millones de coches por todas sus arterias, apaga las luces de las viviendas y enciende las de oficinas, fábricas, contadurías y registros, tesorerías, almacenes y tiendas, con aluvión de gentes por las calles fisgándolo todo, dando su aprobación tácita, manifestando tan sólo sus opiniones sobre cuestiones adyacentes. Todo ello tal vez con el único objetivo de que alcancemos al mediodía, como *ratio* mínima, el privilegio de gustar nuestro plato de garbanzos y el filete empanado al anochecer. Algunos escribimos novelas, o las leemos, para creer rendirnos ante la evidencia de que hemos domesticado el universo dentro de una probeta. Por las mañanas, sin embargo, somos todos uno, afeitando a ese desconocido, que no quisiera otra cosa sino que le permitieran volverse a la cama para dormir todavía un buen trote. Claro que el arte nos deja, a veces, la impresión de que alcanzamos a rozar algo concreto con las yemas de los dedos, de que podemos coger el agua a puñados, lo cual no es poco, dadas las circunstancias, y haríamos mal en despreciarlo. Mientras fluyan las palabras, se nos ocultará el rumor de la vida. Y no se negará por otra parte que las palabras tienen, a veces, un sugestivo encanto, un hechizo elato digno de la más alta consideración.

En fin, habrá que recoger las pocas piezas de vajilla que han quedado sobre la mesa como despojos de una batalla naval y ponerse manos a la obra.

Desde la ventana de mi despacho se ven los álamos del parque, no podría escribir sin ellos. Me recuerdan que, a pesar de todo, de las luces multicolores y del asfalto, nos encontramos todavía sobre el solar castellano, donde se hicieron las más adustas páginas de historia que en el mundo han sido, relaciones extensas a propósito de la piedra derruida, del polvo y la sangre que la cubren; batallas cruentas por un puñado de casas aportilladas y un horizonte de estepa fría y reseca. Me gusta Castilla, con todas sus peleas por bien poca cosa, me gusta la soledad infinita de Castilla y sus interminables rastrojeras para cazar en ellas la perdiz indefinidamente. Me dan ganas de dejarlo todo plantado e irme a cualquier rincón apartado, donde se pueda pisar aún la austera tierra de Castilla, para siempre. Reanudar con la infancia como si nada hubiera sucedido en el ínterin y no conformarse ya con otra cosa, pero la soledad es un lujo que sólo se paga con dinero o con valor.

El silencio de la pieza me indica que la impresora ha culminado su trabajo. Giro sobre mis talones y me hago gracia a mí mismo. Un abultado rimero de hojas reposa sobre el cargador. Lo extraigo no sin cierta aprensión. Me entrego gozosamente a la labor de golpearlo por sus cuatro costados contra la mesa. Pongo las tapas. Alcanzo el gusanillo y doy comienzo a la fastidiosa labor de insertar correctamente todos y cada uno de sus anillos. No soy muy hábil con mis manos, debo reconocerlo, mas consigo rematar satisfactoriamente la somera encuadernación de la obra. Me levanto, doy media vuelta y regreso con los dos pesados volúmenes del María Moliner, los coloco a ambos flancos de la mesa. Así pertrechado, puedo proceder a la lectura y corrección del texto. Tal vez añada algún comentario en los márgenes. Para construir un discurso, nos basta con una gramática generativa; la vida, por el contrario, es un argumento inmutable.

Durante un año largo me he visto en la imposibilidad de escribir el relato al que ahora doy comienzo con estas líneas, a causa de un imperativo moral. Desgraciadamente, dicho escrúpulo acaba de desvanecerse con la desaparición del escritor Julio Fontenla, a cuyo entierro me impuse la obligación de asistir, pese a la distancia, en flaco agradecimiento a los numerosos artículos referentes a su obra que últimamente he tenido la oportunidad de publicar.

Todavía se halla, rezagado sobre mi mesa de trabajo, plegado en dos y recogiendo el sol claro de la primavera madrileña, el billete de ida y vuelta a Sajará. Es cierto, aún debe andar por aquí a pesar de los años, lo utilicé durante mucho tiempo como marca páginas. A ver…debajo de estos folios… Sí, ahí está. Sin embargo, bastaría con tocarlo para que sonaran de nuevo las campanadas solemnes, espaciadas, de la iglesia y el *pulvis eris* de las palabras sacerdotales que, ayer mismo, esparció el viento a lo lejos, en memoria suya.

La primera vez que llegué a esa ciudad mediterránea con nombre africano fue una mañana esplendente del mes de diciembre, aunque gélida; uno de esos tres o cuatro días al año, a lo sumo, durante los cuales hace realmente frío en la huerta levantina. Un conocido periódico de tirada nacional me había encomendado unos artículos con respecto a la narrativa corta de Julio Fontenla y me tenía concertada una entrevista con el escritor.

Cuando dio el tren muestras de querer aminorar la velocidad, dejé a un lado, sobre el asiento, la novela que había estado leyendo para contemplar un paisaje inundado, generoso de azul y de luz. Luego quedaron atrás algunas escombreras, orilladas de casas cuyos muros, sin lucir, mostraban impúdicamente adobes y argamasa, nada más que la sempiterna decepción que suelen provocar los arrabales de toda ciudad, en cualquier país. Pero antes de que el tren se detuviera por completo en la estación, Sajará se me mostró bajo un aspecto distinto. A mi izquierda, como recortando caprichosamente la inmensa bóveda de lapislázuli, se encontraba la vasta mole de una edificación que tenía algo de castillo y mucho de prisión solemne o de manicomio. Más tarde supe que se trataba del asilo de ancianos. A mi derecha, un parque bien arbolado, en cuya tierra amarilla picoteaban gorriones y colipavas, provisto de un palomar monumental tanto en proporciones como en su esbeltez, sujeto por altas y gráciles columnas, conteniendo en su parte baja el correspondiente escenario para las verbenas.

Me dirigí hacia el extremo sur del parque, donde debía encontrarse mi hotel, según la descripción que me dieron por teléfono. Allí, confortablemente instalado en un comedor terminado en solana, tomé varios aperitivos, comida de mediodía, café, licores, acabé de leer la novela que traía entre manos… en fin, dejé transcurrir suavemente las horas arrullado por el monótono piar de los gorriones, el zureo de las colipavas y algún que otro aullido de pavo real, mientras el sol tejía con sus rayos el alto cañamazo de los pinos.

Hacia la caída de la tarde, me acicalé un poco, deslicé la pluma y el cuaderno de notas en el bolsillo interior del abrigo y ligero de equipaje me eché a la calle. ¡Ah!… una paráfrasis demasiado fácil de Machado, la tacho sin contemplaciones. Atravesé esta vez el parque de punta a punta, siguiendo una acera delimitada por una larga hilera de plátanos de sombra copudos, costeando durante un buen rato la verja de hierro forjado de una escuela que semejaba un templo griego. Finalmente desemboqué en una avenida espaciosa que me condujo hasta el centro de la ciudad.

Junto a la puerta del Ayuntamiento hallé, montando la guardia, a un municipal estirado y hético como una garrocha, luciendo un bigotito recortado con intransigencia, casi con maldad, y ostentando, en suma, todo el empaque y las ínfulas de un gran chambelán. Decidí consultarle y me respondió amablemente, con voz magnífica de bajo ruso.

-Si se pierde pregunte a cualquiera –dijo aún, cuando ya me alejaba.- Aquí todo el mundo conoce la dirección que busca.

No me perdí, sino que me encontré pronto ante una casa solariega en cuyo portalón inmenso lucía, como si fuera de oro, una potente aldaba. La levanté y la dejé caer una sola vez. Al cabo se abrió el postigo dejándose ver bajo el umbral un hombre de mediana edad, tez blanquecina bien que pelo y ojos de color negro tapetado. En aquel vestíbulo, silencioso y oscuro, tenía algo de sacristán. Le dije mi nombre y me saludó con sobria cortesía, haciéndose a un lado. Luego, mientras me conducía a través de una media luz en la que se entreveían muebles añejos y caros, probablemente al servicio ya de varias generaciones de una familia con peculio, confirmó que al señor Fontenla no se le había olvidado mi llegada y me aguardaba en la biblioteca junto con otros dos amigos.

Lo seguí a lo largo de una amplia escalera de mármol blanco con barandaje de hierro apuradamente maznado hasta la primera planta, donde enfilamos un corredor que se abría a la derecha, el cual estaba sumido en una penumbra lindante con la oscuridad. Al cabo se detuvo ante una puerta con dos batientes a la que llamó quedamente, casi de protocolo, antes de abrir *motu proprio*. En efecto, al entrar reconocí en medio de la amplia sala a Julio Fontenla, con quien había coincidido un par de veces en Madrid. Éste procedió a las presentaciones. Primero, Marcos Montseny, un tipo atlético, sobre la cuarentena. Me tendió una mano robusta con la que hubiera podido pulverizar la mía. Enseguida, Francisco José de Arenosa, alto, con gafas, hablando siempre muy bajo, si bien compensando la falta de volumen con una dicción excelente. Se trataba de dos escritores locales cuyos nombres empezaban a sonar en el mundillo literario, discretamente apadrinados, es cierto, por Julio Fontenla.

Nos acomodamos alrededor de una mesa baja, la cual nuestro anfitrión había mandado disponer junto a la ventana que daba a la calle, bien provista de copas y botellas, aunque unánimemente nos inclinamos de inmediato por un whisky irlandés de dieciséis años. A continuación ofreció el contenido de una caja de madera fina y olorosa en cuya tapa pude leer furtivamente  « Colorado maduro. Cuba.» que, por desgracia, tuve que rechazar, puesto que no fumo.

Lo que quedaba de la tarde transcurrió en amable conversación, durante la cual surgieron reflexiones interesantes a propósito del arte de la escritura y también de la lectura de calidad, entreveradas de anécdotas con punta de sal mediterránea, pero sin mencionar en ningún momento el objeto de mi visita. Hasta que el groom acabó por presentarse en la puerta con objeto de anunciarnos que la cena estaba servida.

Bajamos, en consecuencia, precedidos del doméstico quien nos abrió la puerta cristalera por la que se accedía a un comedor de techo alto, sujeto con vigas, y dimensiones considerables, donde flameaba un bien nutrido fuego en una chimenea espaciosa de hogar abierto.

Concluido el ágape, digno del más exigente “gourmet”, el groom dispuso los licores y el café frente a los rescoldos, que alimentó de nuevo. El propio Julio Fontenla colocó una lámpara con pantalla tenue, color de hueso, sobre un velador, junto a un sillón de cuero en el que me invitó a acomodarme. Marcos Montseny y Francisco José de Arenosa se instalaron en un sofá a mi izquierda, mientras que el escritor hizo lo propio, justo enfrente de mí, en otro sillón gemelo al que yo ocupaba. Entonces, mediante un gesto efectuado con ambas manos puestas en paralelo, como queriendo mostrarme, me indicó tácitamente que podía proceder a la entrevista.

Así lo hice, poniendo a contribución el lenguaje técnico que, en calidad de universitarios, poseíamos todos los allí presentes y de una manera concisa pasamos revista a los relatos más significativos de la obra de nuestro autor. No es éste ciertamente el lugar apropiado para extenderme en el contenido de la totalidad de la plática, el lector curioso no tendrá dificultad ninguna en acceder a sus pormenores, pues tanto la entrevista, publicada integralmente, como los artículos referentes, recibieron amplia difusión en la prensa especializada. Baste decir que, mientras tomaba nota confortablemente arrellanado en el sillón, no lejos del fuego que proseguía su danza leve y uniforme de derviche, bien iluminado el bloc, en tanto que los demás recibían una luz como de crepúsculo, no podía sino sentirme a gusto, en confianza, indecorosamente diré que inspirado, con el café y la copa de calvados al alcance de la mano.

Cuando ya estaba por dar el punto y final, se me ocurrió formular la siguiente pregunta: